Fuegos



Dirigidas al núcleo de sus partidarios, el 9 de abril de 1953 Juan Domingo Perón hizo una serie de observaciones que revelaban su estado de ofuscación mental: "Hace diez años que vengo poniendo el pecho a los enemigos de adentro y a los enemigos de afuera, y yo lo he de poner mientras tenga un hálito de vida, aunque no me acompañe nadie, porque sé que cumplo con mi deber. Pero, señores, ya me estoy cansando. Son demasiados años de lucha y esto lo fatiga y lo cansa a cualquiera. Yo he de seguir mientras sienta el apoyo. Pero a mí no me va a pasar lo de Yrigoyen; a mí con mentiras no me van a voltear, porque me voy a ir un año antes de que me volteen, cuando no me sienta apoyado por hombres, que es lo que se necesita para esta clase de lucha".

Según Robert Potash, "es harto dudoso que Perón pensara seriamente en renunciar. Es más probable que sus observaciones, por irracionales e incoherentes que resultaran una vez impresas, procuraran suscitar expresiones de apoyo". La CGT convocó a un paro general y a una concentración que se realizaría en la Plaza de Mayo el 15 de abril. Pocos minutos después de que Perón hubiera comenzado a hablar estallaron dos bombas provocando pánico y víctimas que, según se informó después, llegaron a seis muertos y noventa y tres heridos. Perón interrumpió el discurso y aseguró que identificaría a los responsables y los llevaría ante la Justicia. Pero cuando se elevaron gritos que reclamaban venganza, Perón contestó: "Eso de la leña que ustedes me aconsejan, ¿por qué no empiezan ustedes a darla?".

Como si hubiese sido una señal, bandas dispersas de jóvenes peronistas llevaron a cabo violentas represalias: irrumpieron en la sede central del Partido Socialista, destruyeron sus instalaciones e incendiaron el edificio; siguieron atentados contra la sede del Partido Radical y el Partido Demócrata, y la destrucción total del Jockey Club, símbolo del lujo de la clase alta; el edificio fue incendiado; las llamas devoraron la biblioteca y destruyeron algunos de sus valiosos cuadros, ante la indiferencia de la policía y los bomberos, que sólo se preocuparon por proteger los edificios lindantes.

En uno de los últimos capítulos de la novela *El incendio y las vísperas,* de Beatriz Guido, cuya acción se desarrolla entre dos fechas precisas, el 17 de octubre de 1952 y el 15 de abril de 1953, el incendio del Jockey Club adquiere proporciones simbólicas.

. GUIDO



Presentación de Guillermo Piro

Alejandro Pradere sube por Alvear, baja por Santa Fe hasta encontrar Florida. No trata de acortar camino; ama esa curva *donde Santa Fe, fecundada por* la Plaza San Martín se hace grávida. Embalsama el perfume de las magnolias, tilos, jacarandáes y las palmeras; y el gran portal del hierro del Círculo Militar deja vislumbrar el inmenso patio con reminiscencias de fuentes gráciles y pequeñas, macetones de alabastro y ánforas de hierro verde. Sólo un putín impúdico orina en su fuente en esa noche serena de otoño, del 15 de abril de 1953, en la ciudad de Buenos Aires.

Alejandro Pradere se dirige al Jockey Club. Al día siguiente regresará a Montevideo para seguir siendo embajador de un gobierno que desprecia. Camina lentamente, por Florida solitaria, aunque todavía no se acerca la medianoche. Le extraña encontrar la calle deshabitada sin paseantes sin rumbo, caminadores de la noche.

A medida que asciende, una extraña sensación le invade: no le gusta el silencio que transita, no le ha gustado nunca. Algunos comercios han bajado sus persianas. Al llegar a Paraguay, ve pasar a un grupo de muchachones que gritan a su lado: "Quieren incendiar la Casa Radical". "El Partido Demócrata", corrige otra voz. "No, el Jockey", afirma una tercera.

Se detiene: no son reales esas palabras que acaba de escuchar; y han sido dichas en otro idioma que él no comprende. Pero corre, corre detrás de ellos. Corre como no ha corrido desde niño. No le importa que reviente su corazón, que estallen sus arterias. Pradere corre, corre por Florida abajo.

Apenas llega a Harrod's, comprende el significado de "quieren incendiar al Jockey", y dobla en la calle Tucumán. Un pequeño grupo de muchachones, enjutos, pequeños, no mayores de veinticinco años, tratan, desesperados, de forzar la puerta del Jockey sobre esa calle. Se mezcla entre ellos; y apenas consiguen su objetivo, corre hacia la puerta de Florida y por ella ve salir a los mozos del bar, los porteros y los encargados.

–No se vayan, son muy pocos. Defendámoslo –grita.

–Mejor que los deje, doctor Pradere, son capaces de todo –le responden.

–Lo único que quieren es divertirse un poco –repite como última esperanza otra voz.

–*Llamen a los bomberos.*

Pradere penetra en el edificio y busca el te-

EL IN





Alejandro Pradere sube por Alvear, baja por Santa Fe hasta encontrar Florida. No trata de acortar camino; ama esa curva donde Santa Fe, fecundada por la Plaza San Martín se hace grávida. Embalsama el perfume de las magnolias, tilos, jacarandáes y las palmeras; y el gran portal del hierro del Círculo Militar deja vislumbrar el inmenso patio con reminiscencias de fuentes gráciles y pequeñas, macetones de alabastro y ánforas de hierro verde. Sólo un putín impúdico orina en su fuente en esa noche serena de otoño, del 15 de abril de 1953, en la ciudad de Buenos Aires.

Alejandro Pradere se dirige al Jockey Club. Al día siguiente regresará a Montevideo para seguir siendo embajador de un gobierno que desprecia. Camina lentamente, por Florida solitaria, aunque todavía no se acerca la medianoche. Le extraña encontrar la calle deshabitada sin paseantes sin rumbo, caminadores de la noche.

A medida que asciende, una extraña sensación le invade: no le gusta el silencio que transita, no le ha gustado nunca. Algunos comercios han bajado sus persianas. Al llegar a Paraguay, ve pasar a un grupo de muchachones que gritan a su lado: "Quieren incendiar la Casa Radical". "El Partido Demócrata", corrige otra voz. "No, el Jockey", afirma una tercera.

Se detiene: no son reales esas palabras que acaba de escuchar; y han sido dichas en otro idioma que él no comprende. Pero corre, corre detrás de ellos. Corre como no ha corrido desde niño. No le importa que reviente su corazón, que estallen sus arterias. Pradere corre, corre por Florida abajo.

Apenas llega a Harrod's, comprende el significado de "quieren incendiar al Jockey", y dobla en la calle Tucumán. Un pequeño grupo de muchachones, enjutos, pequeños, no mayores de veinticinco años, tratan, desesperados, de forzar la puerta del Jockey sobre esa calle. Se mezcla entre ellos; y apenas consiguen su objetivo, corre hacia la puerta de Florida y por ella ve salir a los mozos del bar, los porteros y los encargados.

–No se vayan, son muy pocos. Defendámoslo –grita.

–Mejor que los deje, doctor Pradere, son capaces de todo –le responden.

–Lo único que quieren es divertirse un poco –repite como última esperanza otra voz.

–Llamen a los bomberos.

Pradere penetra en el edificio y busca el teléfono de la portería. No lo encuentra. Se dirige al gran hall de entrada y busca desesperadamente allí también. De pronto desde los pasillos que van a la biblioteca, por la escalera principal, desde los sótanos, desde el hall del segundo piso, por todos los rincones, ve a los incendiarios crecer, multiplicarse. Desconocen su única presencia, como si fuera también uno de ellos. Llega a pensar que no lo ven, que no quieren verlo. Ahora todos se reúnen y comprende que son muy pocos. Pero no importa: vuelven a la consigna y se dispersan. Los sigue a través del hall del segundo piso y con un gesto rápido, uno de ellos arranca, de un golpe, el gobelino del siglo XIII. Alejandro ahoga un grito que pueda delatarlo. Otro de los jóvenes, con una risa nerviosa, sin orden ni mando respondiendo quién sabe a qué precisa consigna patea el biombo chino del siglo VII. Pradere corre para tratar de recogerlo ingenuamente, pero ellos ya han entrado en el salón Pellegrini; y como un autómata, para purgar mejor sus culpas, los sigue allí también; para presenciar de cerca cómo remueven sus entrañas.

Lo primero que hacen es levantar la copa de oro, donada por don Benito Villanueva y pasársela de mano en mano, con precisión de profesionales, ahora seguros de su misión. Comienzan a arrancar, de un solo golpe, las cortinas de damasco, los voiles de gasa y seda, y los extienden en la mesa, mantel, mortaja, como quien prepara un atado de mudanza. Adentro de ese vientre de sedas y damascos arrojan los cuadros de Fromentin y de Sorolla, que arrancan de las paredes. Uno de ellos llega con "La Boda" y "El Huracán", de Goya, y un Corot del salón de bridge. Anudan las puntas, ajustan el paquete. Pradere perdona el móvil del robo, no adivina sus intenciones o trata de no adivinarlas.

El más joven de ellos grita: "Yo la tengo". Es una pequeña botella de bencina, un líquido cuyo aspecto recuerda al agua. Rocían lentamente el atado y colocan las sillas de Malaca alrededor de la mesa. Se inicia el fantasmal convite; sillas sin comensales, convidados de fuego.

El que tiene en la mano la copa de oro se acerca a la ventana, comprueba que no es la calle Florida y desaparece del cuarto.

Otro de ellos, el que parece dirigirlos, busca en su bolsillo una caja de fósforos. No hablan, no ríen, no gritan. "Tardará en arder el damasco", piensa Pradere: "Cuando arde la seda se consume y arrastra en su destrucción la piel que la ha gozado". La llama bordea la mesa y se levanta en cono, como un gran postre "flamme", como un postre fantasmal, de ácidos mágicos, para una divinidad diabólica. Muchas llamitas saltan de la mesa, pequeños duendes, y se dirigen sedientas a tomar su asiento en las sillas de Malaca, reemplazando a los comensales del festín de fuego, otras se alejan hacia la "boiserie" que recubre las paredes. Ya no hay tiempo que perder si quieren conservarse vivos. Entonces se produce el desbande. Pero antes del desbande vendrá el saqueo. Al huir por el hall y refugiarse en el salón Bouguereau, un joven, casi niño, con una navaja destruye despiadado, como si obedeciera una orden lejana, un cuadro. Levanta primero los ojos hasta Pradere. El descubre el cuerpo que disecciona: "El Huracán" y "La fiesta de San Isidro", de Goya. Ha visto al monstruo; no grita, pero huye, y en esa huida corren juntos. El fuego avanza. Lo anuncia el humo que ya invade el segundo piso.

Alejandro corre hacia la puerta principal. Llega a la calle creyendo encontrar auxilio. Grita: "¡Incendio, incendio!". Pero sus palabras son recogidas por rostros silenciosos, mudos, impotentes.

–Doctor Pradere, venga, ya hemos avisado a la policía hace más de media hora.

Es Ibáñez, el dueño del hotel "Jockey Club", frente a la entrada principal del edificio.

–Venga –insiste–, desde el primer piso podremos ver hasta dónde se atreven. Aquí andan las armas sueltas.

Pradere se deja arrastrar. Ha perdido el habla.

Desde el segundo piso del hotel en ubicación especial, presencia el final del festín. Por la calle reconoce a sus antiguos amigos, socios que han acudido a presenciar, impotentes, las exequias.

Alejandro Pradere presencia el fin en ubicación privilegiada: nada le será evitado, nada le será escondido. Desde las ventanas, los balcones yterrazas, cortinas de fuego remedan telas de damasco rojo al viento. Todos claman por los bomberos cuya campana no se deja escuchar.

Desde el balcón terraza de mampostería en punta de diamante, que sostiene las cuatro columnas principales de la entrada, Pradere reconoce al joven, con la copa de oro en la mano, la de don Benito Villanueva. La arroja a la calle; alguien la recibe y huye.

Desde los ventanales de la biblioteca del salón de billar, desde el presidencial, como lo llamaban –con dos nichos con ornatos a cada lado–, arrojan las sillas de tapestry, "La senda", de Lagos, y los sillones de la quinta Pueyrredón; "Las aves de corral", de Pedro Casteels. Salían a la calle envueltas en humo, con una luminosidad anterior al fuego.

La policía, muy poca, había interrumpido el paso en las calles Tucumán y Lavalle, para proteger el extraño exorcismo.

La puerta principal, de cedro de Italia se abre, garganta colosal para vomitar doncellas. La vienen arrastrando a puntapiés desde el primer piso, desde su pedestal de reina. La "Diana", de Falguière –la bella, la de la piel tibia, la del mármol rosa–, rueda por la escalera y en su descenso pierde un brazo, pierde el arco; se quiebra, se deshace. Una fuerza poderosa la hace llegar a la calle, como si en ella fuera a encontrar a su poseedor, su señor, su dueño, para expirar.

Pradere, que ha visto ese descenso, desciende también por la escalera del hotel.

Allí está: boca abajo, con sus hermosas nalgas al aire, pateada, vejada. Pradere la toma en sus brazos y la cobija sobre su pecho.

La sirena de un coche de bomberos se escucha lenta, lejana, sin prisa. Quiere levantarla, calzarla entre sus brazos, pero el peso es superior a sus fuerzas. Se apoya sobre su espalda y su nuca perfectas. Y entre el hueco que forman su hombro y su cabeza, cerca de su nuca, esconde el llanto.

–Doctor Pradere, doctor Pradere –clama una voz a su lado.

Es el barman del solarium, Arizmendi.

–Lo acompaño a su casa, doctor –insiste–. No puede quedarse aquí en medio de la calle. Es el fin. Ahora van hacia *La Nación*.

Pradere se incorpora, y dudando de sus fuerzas, ruega:

–Acompañame hasta Pardo.

–¿Pardo?

–El anticuario.

Ya las llamas comienzan a dorar los sombreros de las puertas, las molduras de arranque y medio punto. Han terminado con las puertas de cedro; y las balaustradas de hierro de los balcones y la terraza arden al rojo; y los capiteles pierden su ornato de plumas. Las guirnaldas y las figuras se desmoronan con la inclinación de la llama. Todo envejece, todo arde.

–Pardo. Lo conozco; él me abrirá la puerta. El sereno me alcanzará las armas.

–Es un anticuario, doctor, son armas viejas.

Pero Pradere no lo escucha: se dirige hacia Sarmiento. Cuando llega a casa del anticuario, golpea la puerta furiosamente. El portero lo reconoce. ¡Cómo no conocer al doctor Alejandro Pradere!

–Un arma, dame cualquier arma cargada.

Se dirige al escritorio y ante la estupefacción del hombre y la impasibilidad del mozo del solarium encuentra el arma que busca: un viejo Smith Weston que guarda el sereno y tiene Pardo durante el día.

–¡¿Qué va a hacer, doctor!? –ruega y pregunta Arizmendi.

Lo sigue fiel, por la calle Florida, y entre la policía y la gente se dirige en busca de un rostro que puede reconocer entre mil. Pero ante la presencia ya de una amorfa mole de escombros de una montaña de restos queridos, su Jockey Club, se apoya en Arismendi.

Lo han vencido y se sienta en el cordón de la vereda a esperar.

–El fuego venció los cimientos. Se vino abajo hace cinco minutos. Dicen que ahora saquean la biblioteca y lo poco que queda.

El único coche de bomberos se retira y el fuego continúa su obra lenta: sólo le resta seguir quemando las cenizas. El fuego que devora, el fuego: lo demás es silencio.

2

Pero su acompañante no lo abandona:

–El Hotel Castelar es muy cómodo. Se duerme una horita y después se va por Colonia a Montevideo. Yo le avisaré a su chofer o a su hermano. ¿Por qué no se da un bañito, antes de acostarse?

–¿Un baño turco? Abrimos a las siete de la mañana. Ya hay gente –ofrece la voz del conserje.

Porque ya sólo escucha voces, sin cuerpos, ni caras, ni manos, ni piel.

Lo conducen por un ascensor que baja hacia el centro de la tierra; y un vapor con aromas a benjuí, le hace presente que se acerca a los infiernos.

Sí, son baños como los del Jockey, como eran los del Jockey. A medida que se interna en el vaho, ve el horror de los cuerpos deformes en baños de asiento, que parecen letrinas, y una larga fila de camillas de reposo frente a vestuarios que recuerdan celdas y confesionarios. Las paredes no son de mármoles de Carrara, sino de amarillentos azulejos. Busca entonces en su bolsillo el arma, la lleva al corazón y aprieta el gatillo.

No hay estupefacción en su acompañante. Quizá lo sabía ya cuando lo arrancó de los brazos de la "Diana", de Falguière. ■

Por Beatriz Guido

EL INCENDIO Y LAS VISPERAS

Fragmento de El incendio y las vísperas, Beatriz Guido, Losada (1986)

léfono de la portería. No lo encuentra. Se dirige al gran hall de entrada y busca desesperadamente allí también. De pronto desde los pasillos que van a la biblioteca, por la escalera principal, desde los sótanos, desde el hall del segundo piso, por todos los rincones, ve a los incendiarios crecer, multiplicarse. Desconocen su única presencia, como si fuera también uno de ellos. Llega a pensar que no lo ven, que no quieren verlo. Ahora todos se reúnen y comprende que son muy pocos. Pero no importa: vuelven a la consigna y se dispersan. Los sigue a través del hall del segundo piso y con un gesto rápido, uno de ellos arranca, de un golpe, el gobelino del siglo XIII. Alejandro ahoga un grito que pueda delatarlo. Otro de los jóvenes, con una risa nerviosa, sin orden ni mando respondiendo quién sabe a qué precisa consigna patea el biombo chino del siglo VII. Pradere corre para tratar de recogerlo ingenuamente, pero ellos ya han entrado en el salón Pellegrini; y como un autómata, para purgar mejor sus culpas, los sigue allí también; para presenciar de cerca cómo remueven sus entrañas.

Lo primero que hacen es levantar la copa de oro, donada por don Benito Villanueva y pasársela de mano en mano, con precisión de profesionales, ahora seguros de su misión. Comienzan a arrancar, de un solo golpe, las cortinas de damasco, los voiles de gasa y seda, y los extienden en la mesa, mantel, mortaja, como quien prepara un atado de mudanza. Adentro de ese vientre de sedas y damascos arrojan los cuadros de Fromentin y de Sorolla, que arrancan de las paredes. Uno de ellos llega con "La Boda" y "El Huracán", de Goya, y un Corot del salón de bridge. Anudan las puntas, ajustan el paquete. Pradere perdona el móvil del robo, no adivina sus intenciones o trata de no adivinarlas.

El más joven de ellos grita: "Yo la tengo". Es una pequeña botella de bencina, un líquido cuyo aspecto recuerda al agua. Rocían lentamente el atado y colocan las sillas de Malaca alrededor de la mesa. Se inicia el fantasmal convite; sillas sin comensales, convidados de fuego.

El que tiene en la mano la copa de oro se acerca a la ventana, comprueba que no es la calle Florida y desaparece del cuarto.

Otro de ellos, el que parece dirigirlos, busca en su bolsillo una caja de fósforos. No hablan, no ríen, no gritan. "Tardará en arder el damasco", piensa Pradere: "Cuando arde la seda se consume y arrastra en su destrucción la piel que la ha gozado". La llama bordea la mesa y se levanta en cono, como un gran postre "flamme", como un postre fantasmal, de ácidos mágicos, para una divinidad diabólica. Muchas llamitas saltan de la mesa, pequeños duendes, y se dirigen sedientas a tomar su asiento en las sillas de Malaca, reemplazando a los comensales del festín de fuego, otras se alejan hacia la "boiserie" que recubre las paredes. Ya no hay tiempo que perder si quieren conservarse vivos. Entonces se produce el desbande. Pero antes del desbande vendrá el saqueo. Al huir por el hall y refugiarse en el salón Bouguereau, un joven, casi niño, con una navaja destruye despiadado, como si obedeciera una orden lejana, un cuadro. Levanta primero los ojos hasta Pradere. El descubre el cuerpo que disecciona: "El Huracán" y "La fiesta de San Isidro", de Goya. Ha visto al monstruo; no grita, pero huye, y en esa huida corren juntos. El fuego avanza. Lo anuncia el humo que ya invade el segundo piso.

Alejandro corre hacia la puerta principal. Llega a la calle creyendo encontrar auxilio. Grita: "¡Incendio, incendio!". Pero sus palabras son recogidas por rostros silenciosos, mudos, impotentes.

–Doctor Pradere, venga, ya hemos avisado a la policía hace más de media hora.

Es Ibáñez, el dueño del hotel "Jockey Club", frente a la entrada principal del edificio.

–Venga –insiste–, desde el primer piso podremos ver hasta dónde se atreven. Aquí andan las armas sueltas.

Pradere se deja arrastrar. Ha perdido el habla.

Desde el segundo piso del hotel en ubicación especial, presencia el final del festín. Por la calle reconoce a sus antiguos amigos, socios que han acudido a presenciar, impotentes, las exequias.

Alejandro Pradere presencia el fin en ubicación privilegiada: nada le será evitado, nada le será escondido. Desde las ventanas, los balcones y terrazas, cortinas de fuego remedan telas de damasco rojo al viento. Todos claman por los bomberos cuya campana no se deja escuchar.

Desde el balcón terraza de mampostería en punta de diamante, que sostiene las cuatro columnas principales de la entrada, Pradere reconoce al joven, con la copa de oro en la mano, la de don Benito Villanueva. La arroja a la calle; alguien la recibe y huye.

Desde los ventanales de la biblioteca del salón de billar, desde el presidencial, como lo llamaban –con dos nichos con ornatos a cada lado–, arrojan las sillas de tapestry, "La senda", de Lagos, y los sillones de la quinta Pueyrredón; "Las aves de corral", de Pedro Casteels. Salían a la calle envueltas en humo, con una luminosidad anterior al fuego.

La policía, muy poca, había interrumpido el paso en las calles Tucumán y Lavalle, para proteger el extraño exorcismo.

La puerta principal, de cedro de Italia se abre, garganta colosal para vomitar doncellas. La vienen arrastrando a puntapiés desde el primer piso, desde su pedestal de reina. La "Diana", de Falguière –la bella, la de la piel tibia, la del mármol rosa–, rueda por la escalera y en su descenso pierde un brazo, pierde el arco; se quiebra, se deshace. Una fuerza poderosa la hace llegar a la calle, como si en ella fuera a encontrar a su poseedor, su señor, su dueño, para expirar.

Pradere, que ha visto ese descenso, desciende también por la escalera del hotel.

Allí está: boca abajo, con sus hermosas nalgas al aire, pateada, vejada. Pradere la toma en sus brazos y la cobija sobre su pecho.

La sirena de un coche de bomberos se escucha lenta, lejana, sin prisa. Quiere levantarla, calzarla entre sus brazos, pero el peso es superior a sus fuerzas. Se apoya sobre su espalda y su nuca perfectas. Y entre el hueco que forman su hombro y su cabeza, cerca de su nuca, esconde el llanto.

–Doctor Pradere, doctor Pradere –clama una voz a su lado.

Es el barman del solarium, Arizmendi.

–Lo acompaño a su casa, doctor –insiste–. No puede quedarse aquí en medio de la calle. Es el fin. Ahora van hacia *La Nación*.

Pradere se incorpora, y dudando de sus fuerzas, ruega:

–Acompañame hasta Pardo.

–¿Pardo?

–El anticuario.

Ya las llamas comienzan a dorar los sombreros de las puertas, las molduras de arranque y medio punto. Han terminado con las puertas de cedro; y las balaustradas de hierro de los balcones y la terraza arden al rojo; y los capiteles pierden su ornato de plumas. Las guirnaldas y las figuras se desmoronan con la inclinación de la llama. Todo envejece, todo arde.

–Pardo. Lo conozco; él me abrirá la puerta. El sereno me alcanzará las armas.

–Es un anticuario, doctor, son armas viejas.

Pero Pradere no lo escucha: se dirige hacia Sarmiento. Cuando llega a casa del anticuario, golpea la puerta furiosamente. El portero lo reconoce. ¡Cómo no conocer al doctor Alejandro Pradere!

–Un arma, dame cualquier arma cargada.

Se dirige al escritorio y ante la estupefacción del hombre y la impasibilidad del mozo del solarium encuentra el arma que busca: un viejo Smith Weston que guarda el sereno y tiene Pardo durante el día.

–¡¿Qué va a hacer, doctor!? –ruega y pregunta Arizmendi.

Lo sigue fiel, por la calle Florida, y entre la policía y la gente se dirige en busca de un rostro que puede reconocer entre mil. Pero ante la presencia ya de una amorfa mole de escombros de una montaña de restos queridos, su Jockey Club, se apoya en Arismendi.

Lo han vencido y se sienta en el cordón de la vereda a esperar.

–El fuego venció los cimientos. Se vino abajo hace cinco minutos. Dicen que ahora saquean la biblioteca y lo poco que queda.

El único coche de bomberos se retira y el fuego continúa su obra lenta: sólo le resta seguir quemando las cenizas. El fuego que devora, el fuego: lo demás es silencio.

2

Pero su acompañante no lo abandona:

–El Hotel Castelar es muy cómodo. Se duerme una horita y después se va por Colonia a Montevideo. Yo le avisaré a su chofer o a su hermano. ¿Por qué no se da un bañito, antes de acostarse?

–¿Un baño turco? Abrimos a las siete de la mañana. Ya hay gente –ofrece la voz del conserje.

Porque ya sólo escucha voces, sin cuerpos, ni caras, ni manos, ni piel.

Lo conducen por un ascensor que baja hacia el centro de la tierra; y un vapor con aromas a benjuí, le hace presente que se acerca a los infiernos.

Sí, son baños como los del Jockey, como eran los del Jockey. A medida que se interna en el vaho, ve el horror de los cuerpos deformes en baños de asiento, que parecen letrinas, y una larga fila de camillas de reposo frente a vestuarios que recuerdan celdas y confesionarios. Las paredes no son de mármoles de Carrara, sino de amarillentos azulejos. Busca entonces en su bolsillo el arma, la lleva al corazón y aprieta el gatillo.

No hay estupefacción en su acompañante. Quizá lo sabía ya cuando lo arrancó de los brazos de la "Diana", de Falguière. ■

Por Beatriz Guido

CENDIO Y LAS VISPERAS



Criptofrases

Cada uno de los siguientes esquemas esconde una frase. Complételos sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. Los juegos tienen claves diferentes.

1 T	2	3	2	4	■	4	2	5 M	2	4	■	6	7 G	8
9	10	11	4	■	9	12 N	1	11	■	10	9	■	10	11
13	■	14	11	15	2	■	12	2	■	9	12	1	11	■
10	2	4	■	15	11	4	14	2	12	4	9	16	10	11
4	■	3	11	■	9	14	10	6	17	9	15	10	9	■



Un hombrecito muy raro

Un visitante de otra galaxia recorrió la Tierra evitando desgracias. Según los testigos es un hombrecito muy raro, pues aparece, hace su trabajo y se va sin decir palabra. Deduzca los detalles de esta curiosa historia.

1. Un día después de estar en Brasil, el imán egipcio que conducía la oración vio cómo evitaba una catástrofe.
2. El tornado fue un día después que lo de China y esto, un día después del hecho presenciado por un soldado.
3. El leñador vio cómo evitaba una inundación.
4. En Italia estaba a punto de producirse un alud. Dos días después, un maestro fue testigo de otro hecho asombroso.

		PAIS				EVITO				TESTIGO			
		Brasil	China	Egipto	Italia	Alud	Derrumbe	Inundación	Tornado	Imán	Leñador	Maestro	Soldado
DIA	Lunes												
	Martes												
	Miércoles												
	Jueves												
TESTIGO	Imán												
	Leñador												
	Maestro												
	Soldado												
EVITO	Alud												
	Derrumbe												
	Inundación												
	Tornado												

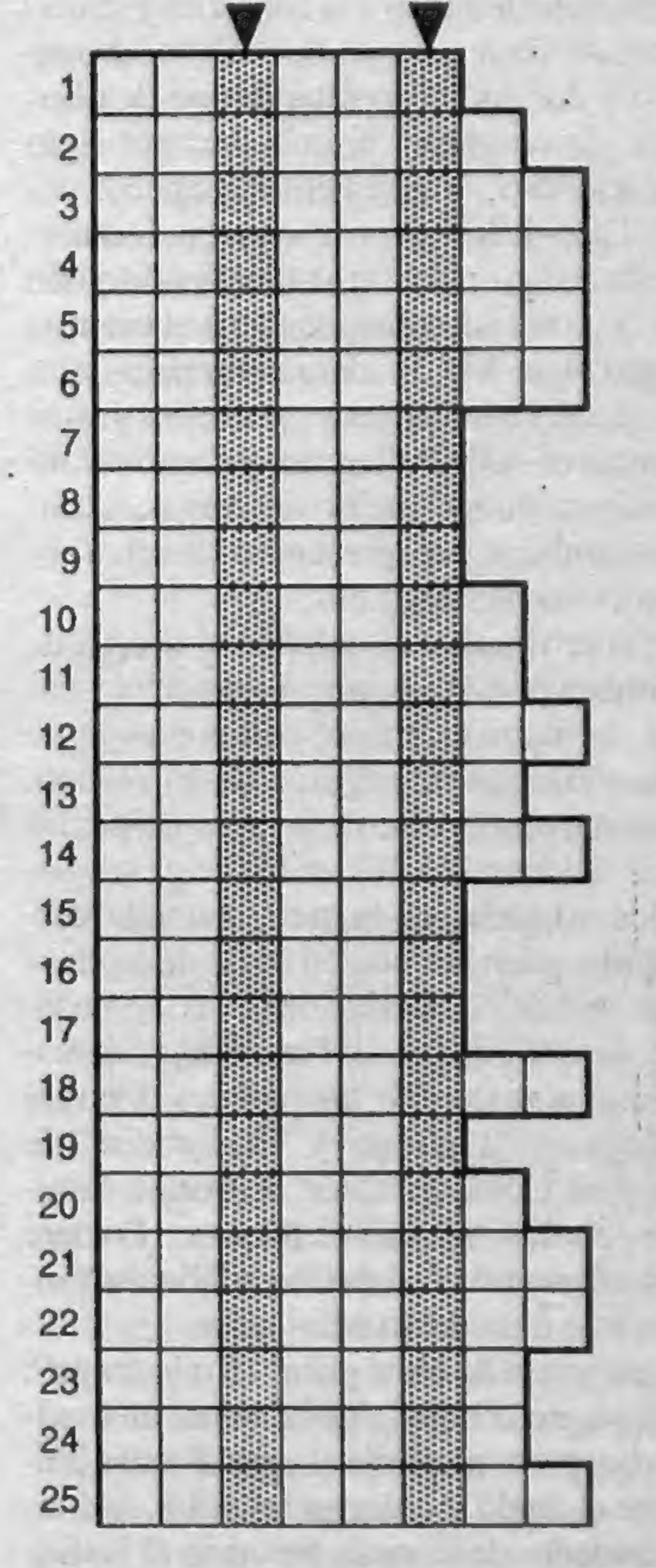
DIA	PAIS	EVITO	TESTIGO

Grilla

Encuentre las palabras definidas y escríbalas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. Fondeadero, dársena.
2. El que sirve en la milicia.
3. Pluma para escribir.
4. Pronunciar o articular.
5. Mediano.
6. Que apesta.
7. Cambiar el estado de algo.
8. Esparcir un líquido en gotas menudas.
9. Cuarto nieto.
10. Aroma, fragancia.
11. Instrumento para forzar el nacimiento.
12. Salir un líquido a chorros.
13. Estampar un timbre en un documento, sello o membrete.
14. Censurar.
15. Día de la semana.
16. Timonel de avión.
17. Sutil, muy delgado.
18. Volver fatuo.
19. (Yaser) Político, presidente de la Organización de Liberación de Palestina.
20. Demostrar cortesía.
21. País situado de la otra parte del mar.
22. Magnanimidad.
23. De la aldea.
24. Opera corta o ligera.
25. Azotar.



Soluciones

Grilla

1. PUERTO / 2. SOLDADO / 3. LAPICERA / 4. PROFERIR / 5. MEDIOCRE / 6. APESTOSO / 7. VARIAR / 8. ROCIAR / 9. CHOZNO / 10. PERFUME / 11. FORCEPS / 12. CHORREAR / 13. TIMBRAR / 14. REPROBAR / 15. JUEVES / 16. PILOTO / 17. GRACIL / 18. INFATUAR / 19. ARAFAT / 20. SALUDAR / 21. ULTRAMAR / 22. GRANDEZA / 23. ALDEANO / 24. OPERETA / 25. VAPULEAR.

"El poder corrompe, la falta de poder corrompe absolutamente." Adlai Stevenson

Un hombrecito muy raro

Lunes, Italia, alud, soldado.
Martes, China, inundación, leñador.
Miércoles, Brasil, tornado, maestro.
Jueves, Egipto, derrumbe, imán.

Criptofrases

"Todos somos iguales ante la ley. Pero no ante los responsables de aplicarla." Jerzy Lec -